

III. LA PERMANENCIA DE LOS VALORES BENEDICTINOS EN EL MUNDO CONTEMPORÁNEO

Al celebrar los mil quinientos años del nacimiento de San Benito, sus discípulos y muchos cristianos nos preguntamos si después de tantos siglos puede todavía decirnos algo positivo y actual del mensaje de su vida y si vale la pena ordenar la vida consagrada según el esquema y las normas que nos dejó en su conocida y famosa *Regla de los monjes*. El momento histórico de la sociedad romana y de la Iglesia, que lo vio nacer en Nursia (Italia), hacia el año 480, revestía características tan peculiares que exigieron una respuesta concreta y adaptada a esas circunstancias.

Benito de Nursia supo dar esa respuesta, asumiendo con fidelidad el esquema de vida y la espiritualidad del monacato primitivo de la Iglesia, que ya existía tanto en Oriente como en Occidente, e imprimiéndole un sello original, definido por las características de su personalidad y de su experiencia monástica. Benito no fue un “fundador carismático”, que comenzó algo completamente original y exclusivo. Su vida y su “carisma” son fruto maduro de una tradición monástica anterior. Pero él, movido por el Espíritu, supo discernir en esa amplia corriente espiritual los elementos evangélicos más fecundos y auténticos, tuvo la energía necesaria para darle un nuevo impulso y gozó de una gran lucidez y prudencia espiritual para presentarla sabiamente en su Regla, fruto acrisolado de largos años de experiencia monástica en la conducción de comunidades.

Los “valores benedictinos” son, por tanto, los que Benito recogió en la tradición anterior como los que él mismo aportó como contribución original. En el “carisma benedictino” se integra armoniosamente lo antiguo y lo nuevo, cumpliendo perfectamente lo que la misma Regla exige al Abad del monasterio: “*es menester que sea docto en la Ley Divina, para que sepa y tenga de dónde sacar cosas nuevas y viejas...*” (R B 64,9).

La vigencia de estos valores benedictinos en nuestra época se puede percibir con claridad recordando la enseñanza de la Regla y de la vida de san Benito con respecto a algunos elementos fundamentales del ideal de vida, que nos legó, y luego viendo cómo son útiles y necesarios para el hombre y para la Iglesia de hoy.

Es verdad que no pocos cristianos y, a veces, personas consagradas ponen en duda la vigencia de la vida monástica en general, o por no conocerla interiormente o por no apreciar debidamente determinadas dimensiones de la vida del hombre y de la misma Iglesia. En un momento en que todos los cristianos tienen que volcarse al mundo para evangelizarlo y transformarlo con la fuerza del evangelio, parece fuera de lugar y pérdida de tiempo y de energías hablar de la vida monástica, al menos en los elementos que la distinguen de las otras formas de vida consagrada. Además, la justa valoración actual de las realidades humanas en el ámbito de la personalidad, de la historia y de la creación parecería quitarle vigencia al monaquismo en cuanto doctrina espiritual marcada por la renuncia personal, el sacrificio y la separación del mundo... Por otra parte, dentro de la misma Iglesia, los obispos tienen necesidad urgente de sacerdotes y religiosos, que les cubran los grandes vacíos que se van haciendo en las parroquias, los colegios y los otros servicios evangelizadores eclesiales. Los curas párrocos necesitan laicos comprometidos que asuman con responsabilidad y eficacia su lugar en el dinamismo de la Iglesia. El orden social y político de la sociedad moderna pide agentes capacitados, que transformen las estructuras terrenas vivificándolas con la luz de la fe y la fuerza del Espíritu de Cristo.

Frente a tantas urgencias y necesidades, más de uno se pregunta: ¿es necesario, o al menos, legítimo optar por una vida monástica, que aparentemente no responde, de una manera directa, a ninguna de estas exigencias? ¿Dónde estaría, entonces, la actualidad y la vigencia de los valores benedictinos?

Debemos reconocer con alegría que frente a este posible cuestionamiento, muchos obispos, sacerdotes, religiosos y laicos presentan una respuesta de fe muy clara. Sin dejarse llevar por el espejismo y la urgencia de lo inmediato y sin encandilarse por el resplandor fascinante de lo terreno, descubren un gran valor salvífico en un estilo de vida que apunta a lo esencial y permanente, orientando el corazón del hombre hacia los valores del espíritu y de Dios. En este sentido, llama la atención cómo muchos obispos, incluso aquellos que tienen más urgencias pastorales, piden con insistencia fundaciones de monasterios y de conventos de órdenes contemplativas. Esto significa que la Iglesia necesita también, para expresar en plenitud al Cristo total, que esta dimensión fundamental de la vida cristiana, vivida en la vocación monástica, esté presente en cada lugar en que la misma Iglesia se encarna.

Recorriendo el estilo de vida, que presenta la Regla de san Benito, podríamos nuclear sus valores en cuatro dimensiones: su dimensión contemplativa y orante; la formación espiritual y modelación interior del hombre; la vivencia fraterna y comunitaria; el trabajo. Tradicionalmente se habla del lema benedictino: ora et labora (reza y trabaja). A estos dos elementos fundamentales, la oración y el trabajo, es necesario añadirles la ardua tarea de la formación interior del monje y la vivencia comunitaria. De esta forma queda más completo el horizonte en donde se mueve la vida del monje, y la misma vigencia del carisma benedictino.

1. *Dimensión contemplativa y orante de la vida monástica*

La condición básica que san Benito exige del candidato que quiere ingresar en la vida monástica es *“si realmente busca a Dios”*. *“Se observará -dice en el capítulo 58,7, hablando del novicio- si realmente busca a Dios, si es solícito en la Obra de Dios (Oficio Divino), en la obediencia y en las humillaciones”*. Esta búsqueda sincera de Dios presupone en el candidato y en el monje un *espíritu de fe*, que le permite escuchar la voz de Dios y discernir su llamado a seguirle. Las primeras palabras del Prólogo de la Regla invitan a esta actitud de “escucha”: *“Escucha, hijo, los preceptos del maestro, aguza el oído de tu corazón, acoge con gusto esta exhortación de un padre entrañable y ponla en práctica, para que por tu obediencia laboriosa retournes a Dios, del que te habías aleado por tu indolente desobediencia”* (Pról. 1-2),

Este diálogo filial va creciendo y madurando a través de una serie de prácticas religiosas, que le dan contenido y continuidad. La búsqueda de Dios se alimenta en la *“lectio divina”*, se encarna en la vida del monje mediante el trabajo de purificación interior y se vive en plenitud en la oración personal y litúrgica. Lo peculiar de la búsqueda de Dios del carisma benedictino está en la acentuación que se pone en su ejercicio: ambiente externo propicio del monasterio, ayuda fraterna, organización de las ocupaciones y trabajos, ordenamiento de la vida de oración, etc.

El monje debe ser un “enamorado de Dios”. Su preocupación y su interés giran alrededor de Él. Su corazón y su mente tienden hacia Él. Nada ni nadie deben apartarlo de Él y todo lo lleva a Él. Dios es el centro de la vocación monástica.

El monje es el “oyente” de la palabra de Dios. Su vida es un ejercicio y un aprendizaje de esta “escucha”... Por eso, medita y celebra las maravillas de Dios en la liturgia, guarda en su corazón la inmensidad de Dios y de sus obras y trata de vivir en su presencia. Sabe que Dios está presente en el hermano y por eso vive la fraternidad cenobítica con una motivación de fe. De esta forma, esta búsqueda de Dios ilumina y vivifica todas las dimensiones y todas las prácticas de la vida monástica.

Esta misma búsqueda constante de Dios nos hace pensar en la *dimensión contemplativa* de la vida cristiana, que el carisma monástico quiere acentuar a través de una serie de prácticas ascéticas y disciplinarias y que también intenta definirla con un contenido y con una dimensión cristiana. San Benito presenta un modelo de vida monástica que insensiblemente conduce al monje, que cumple con fidelidad la Regla, a un permanente diálogo orante con el Señor, La liturgia diaria con su ritmo propio y su pedagogía sabia y serena introduce al monje en la contemplación de los misterios de la historia de la salvación, especialmente de los misterios de Cristo. La celebración de las fiestas litúrgicas y la

alabanza diaria realizada en la liturgia de las Horas constituyen momentos privilegiados del encuentro personal del monje con el Dios Salvador, revelado en Cristo. La oración contemplativa se armoniza con la alabanza gozosa, la acción de gracias y la perseverante súplica en la espera del Señor. El carisma monástico encuentra su fuerza y su atracción en esta dimensión secreta, que conduce al hombre a un constante volverse hacia Dios en la serena seguridad de su presencia cierta, aunque oculta. La celebración litúrgica constituye así el elemento exterior más elocuente de la realidad interior de la vida monástica. Esta celebración es para el monje el “sacramento” de su comunión con el Señor: signo eficaz de la acción salvadora de Dios en su vida y expresión externa de la unión interior con el Señor que lo acompaña y vivifica.

La contemplación cristiana, que nace y se nutre en la liturgia no es ciertamente el único modelo posible de la comunión explícita con Dios. Pero, ciertamente constituye algo peculiar y muy rico, que no se puede descuidar en la vida de la Iglesia y en la gran variedad de familias religiosas. Es verdad que la dimensión contemplativa del bautizado puede desarrollarse y crecer en otras formas y por otros caminos igualmente genuinos y válidos. Pero, la serenidad objetiva y el realismo sano de la oración litúrgica ciertamente favorecen la autenticidad de un diálogo salvífico sacramental y permiten un crecimiento espiritual marcado por la perseverancia y la repetición armónica de los ejercicios y de las mismas oraciones. Para muchos esta pedagogía es la más eficaz para llegar a la auténtica contemplación.

Muchos indicios nos hacen pensar que el mundo actual está hambriento de Dios y muchos hombres buscan métodos y fórmulas para aprender la oración y la contemplación. Hay quienes lo buscan en religiones y métodos orientales; otros se encaminan por sendas equivocadas de evasión despersonalizante o destructora. El monaquismo debe dar una respuesta cristiana al ansia de oración y contemplación. En éste aparece la vigencia de uno de los valores más centrales del carisma monástico: la vigencia de la dimensión contemplativa del cristianismo, precisamente en un mundo y en una Iglesia muy solicitados por las urgencias y las atracciones temporales y periféricas.

Las palabras de “Puebla” sobre la vida consagrada en general adquieren una resonancia nueva al aplicarlas a la vida monástica: *“La vida consagrada -dice- es una afirmación profética del valor supremo de la comunión con Dios y entre los hombres y un 'eximio testimonio de que el mundo no puede ser transfigurado ni ofrecido a Dios sin el espíritu de las bienaventuranzas'”*¹⁷. Y el número 751 también puede aplicarse directamente al carisma monástico: *“En una vida de continua oración son llamados a mostrar a sus hermanos el valor supremo y la eficacia apostólica de la unión con el Padre”*. Por eso, es necesario *“favorecer la actitud de oración y contemplación que nace de la Palabra del Señor, escuchada y vivida en las circunstancias concretas de nuestra historia”*¹⁸.

2. Formación espiritual y modelación interior del hombre

La Regla de san Benito pretende ayudar al monje en el trabajo de su autoformación poniendo a su disposición un “taller” adecuado: el monasterio; un maestro, que lo vaya conduciendo y guiando: el maestro de novicios, el Abad; una serie de instrumentos o herramientas: los instrumentos de las buenas obras (RB 4); una organización adecuada: las estructuras cenobíticas y finalmente una doctrina espiritual que le enseñe el camino del conocimiento de su realidad interior y de los elementos necesarios para este trabajo.

El prólogo de la Regla comienza con un llamativo diálogo personal con el candidato, que nos hace descubrir la importancia que el carisma benedictino atribuye a la persona. Lo que se pretende en definitiva es la respuesta personal del monje y su progresiva transformación por el camino del Evangelio. Las últimas palabras del prólogo son una presentación de la meta hacia la cual tiende el ideal monástico: *“al progresar en la vida monástica y en la fe, ensanchado el corazón por la dulzura*

¹⁷ Puebla, 744, que cita *Lumen Gentium*, 31.

¹⁸ Puebla, 760.

de un amor inefable, vuela el alma por el camino de los mandamientos de Dios. De esta manera, si no nos desviamos jamás del magisterio divino y perseveramos en su doctrina y en el monasterio hasta la muerte, participaremos con nuestra paciencia en los sufrimientos de Cristo, para que podamos compartir con él también su Reino” (Pról. 49 s.).

Esta transformación se lleva a cabo por la acción de Dios en el hombre, que hace posible, como respuesta libre, el esfuerzo purificador de las prácticas monásticas. Tanto los primeros capítulos de la Regla, que hablan de la parte espiritual, como los que se refieren a la organización del monasterio tienen siempre en vista este desarrollo y perfeccionamiento del monje. Los primeros capítulos señalan los aspectos interiores y el trabajo secreto de purificación; los demás presentan los ejercicios necesarios para conseguir la meta propuesta.

“San Benito, abad experimentado, conoce al hombre, lo que hay en su interior; lo ha ido conociendo cada vez más profundamente a medida que transcurrían los años. Sabe de sus flaquezas, sus reacciones, sus posibilidades”¹⁹.

Precisamente por esta experiencia personal de Benito, su Regla

“posee un hondo valor humano. Rebosa humanidad. Se puede afirmar que san Benito es un humanista, en cuanto considera a la persona no como una abstracción, un ideal desencarnado, sino como algo concreto, individualizado, que tiene importancia en sí” (ib.).

La formación espiritual y la modelación interior del hombre, que el estilo de vida y la espiritualidad de la Regla de san Benito van realizando en el monje, se caracterizan por la exigencia de algunas virtudes evangélicas y por la práctica de determinados ejercicios.

La *humildad* benedictina (RB 7), entendida en su sentido amplio de reconocimiento gozoso del “absoluto” de Dios y de la propia limitación, percibida con claridad y verdad cuando el hombre vive en la presencia de Dios. La humildad le permite al hombre descubrir y vivir su “verdad”: “*el misterio del hombre sólo se ilumina perfectamente por la fe en Jesucristo... Sólo la aceptación y el seguimiento de Jesucristo nos abren a las certidumbres más confortantes y a las exigencias más apremiantes de la dignidad humana*”²⁰. La humildad, tal como la presenta la Regla, exige una transformación interior en el modo de pensar, de sentir y de decidir, siguiendo los ejemplos del único modelo válido, Cristo en su misterio pascual (RB 7), que luego transforma incluso los actos externos del comportamiento humano. Esta vida del monje en la presencia de Dios lo va moldeando interiormente haciéndolo dócil al Espíritu y obediente a la voz de Cristo. Entonces se realiza en el corazón del monje lo que señala la Regla al final del capítulo 7: “*Cuando el monje haya remontado todos los grados de humildad, llegará pronto a ese grado de amor de Dios que por ser perfecto echa fuera todo temor; gracias al cual, cuanto cumplía antes no sin recelo, ahora comenzará a realizarlo sin esfuerzo, como instintivamente y por costumbre; no ya por temor al infierno, sino por amor a Cristo, por cierta connaturalidad y por la satisfacción que las virtudes producen por sí mismas. Y el Señor se complacerá en manifestar todo esto por el Espíritu Santo en su obrero, purificado ya de sus vicios y pecados*” (RB 7,67-70).

La *obediencia* es un camino de renuncia y de abandono en las manos de Dios, que exige al monje generosidad, prontitud y alegría. La obediencia conduce a una gran libertad interior y lo agiliza, porque los monjes “*no viven a su antojo ni obedecen a sus deseos y apetencias*” (RB 5, 12). De esta manera el hombre no vive esclavizado por su egoísmo y su orgullo, sino que se pone a disposición de Dios y de sus hermanos. Así “*su obediencia consagrada, vivida con abnegación y fortaleza 'como sacrificio de sí mismo' será expresión de comunión con la voluntad salvífica de Dios y denuncia de*

¹⁹ G. COLOMBÁS, *La Regla de san Benito* (Madrid, 1979), pp. 55 ss.

²⁰ Puebla, 319.

todo proyecto histórico que apartándose del plan divino, no haga crecer al hombre en su dignidad de hijo de Dios"²¹.

El amor fraterno constituye la meta hacia la cual tiende todo el trabajo de purificación de la ascesis monástica. En todo este trabajo de formación y de modelación interior el gran modelo es Cristo. Se habla con justicia del "cristocentrismo de la Regla. La presencia de Cristo en la vida del monje y en la organización del monasterio no es sólo exterior y periférica. Más bien hay que hablar de un cristocentrismo interior, en la medida en que el proceso espiritual del monje se desarrolla siguiendo los "sentimientos" del mismo Cristo. La Regla cita explícitamente el himno cristológico de *Flp* 2,6-11, en donde san Pablo pide que tengamos "los mismos sentimientos de Cristo" (ver RB 7,32-34). El amor, que los monjes profesan a Cristo, (RB 4,21; 72,11), explica su generosidad, sus renunciaciones, sus sacrificios.

La vigencia de este valor de la RB y de la espiritualidad benedictina se puede percibir con claridad leyendo algunos párrafos de la primera carta encíclica del Papa Juan Pablo II.

"El cometido fundamental de la Iglesia en todas las épocas y particularmente en la nuestra es dirigir la mirada del hombre, orientar la conciencia y la experiencia de toda la humanidad hacia el misterio de Cristo, ayudar a todos los hombres a tener familiaridad con la profundidad de la Redención, que se realiza en Cristo Jesús. Contemporáneamente, se toca también la más profunda obra del hombre, la esfera -queremos decir- de los corazones humanos, de las conciencias humanas y de las vicisitudes humanas"²².

Si es verdad que "*el progreso de la técnica y el desarrollo de la civilización de nuestro tiempo, que está marcado por el dominio de la técnica, exigen un desarrollo proporcionado de la moral y de la ética*"²³ el programa de vida de la RB puede servir eficazmente para formar al "hombre" en esta dimensión tan importante siguiendo el único modelo, Cristo Jesús. La verdadera grandeza del hombre no está en "tener más" o en "dominar más", sino en abrirse a Dios y en dejarse modelar por su gracia salvadora.

En esta línea está la vigencia de la doctrina espiritual de la RB y del estilo de vida benedictino, que quiere conducir al hombre a la purificación del corazón y a la identificación con los sentimientos de Cristo, mediante la práctica de la humildad, de la obediencia, de la renuncia y del amor fraterno en una dedicación intensa a la oración personal y comunitaria.

3. La vivencia fraterna y comunitaria

Cuando san Benito se decide a instituir "*una escuela del servicio divino*" (Pról. 45) lo hace pensando "*organizar, con la aluda del Señor, la vida del muy firme género de monjes que es el de los cenobitas*" (RB 1,13).

Si desde el principio de su Regla, san Benito se ubica en esta perspectiva cenobítica, su larga experiencia personal, al frente de una comunidad monástica, le mostró aún más la importancia de todo lo relacionado con el amor y las relaciones fraternas.

"Hacia el final de la Regla experimentó san Benito la necesidad de completar su manuscrito añadiendo una serie de capítulos que matizan su pensamiento y, sobre todo, imprimen a la vida de la comunidad una orientación más humana, más entrañable, más cuidadosa de respetar las diversas personalidades de los hermanos, entre los que anuda lazos de caridad más concretos y estrechos que en el resto de la obra... En los mencionados textos en que se insiste

²¹ Puebla, 748, que cita *Perf. Caritatis*, 14.

²² JUAN PABLO II: Enc. *Redemptor Hominis*, 10.

²³ *Ib.*, 15.

de continuo en la caridad, considerada bajo su doble aspecto de amor de Dios y amor a los hermanos, se descubren puntos de contacto con la doctrina de san Basilio y san Agustín, los dos indiscutibles doctores de la caridad fraterna entre cenobitas. Los paralelos parecen innegables. A tales influencias hay que sumar, asimismo, la de Casiano²⁴.

La misma gravedad de la pena de la “excomunión” (RB 23, 27) muestra el aprecio del autor por la integración en la vida de comunidad y el valor espiritual de la misma.

Esta comunión de corazones debe ser también comunidad de bienes (RB 33 y 34) y exige actitudes fraternales serviciales y generosas con los débiles y necesitados, sea con los ancianos y niños (RB 37), como con los enfermos (RB 36), los excomulgados (RB 27) y los pobres (RB 66). Por eso, todos los monjes deben respetarse (RB 70), obedecerse mutuamente (RB 71) y amarse “con el más ardiente amor” (RB 72). Así aparece como síntesis de este espíritu fraterno y comunitario el “testamento espiritual” de san Benito, presentado en el capítulo 72 de la Regla: “del buen celo que deben tener los monjes”.

A partir de la renovación conciliar de la vida religiosa, uno de los elementos en los cuales más se insiste es en el aspecto comunitario y fraterno de la misma. Al analizar las principales tendencias de la vida consagrada en América Latina, los obispos reunidos en Puebla señalan como una de las más significativas y renovadoras la “comunidad fraterna”. *“Se busca poner énfasis en las relaciones fraternas: interpersonales en que se valora la amistad, la sinceridad, la madurez, como base humana indispensable para la convivencia; con dimensión de fe, pues es el Señor quien llama; con un estilo de vida más sencillo y acogedor; con diálogo y participación”*²⁵.

Por eso, se puede afirmar que la actualidad y la eficacia de la vida cenobítica benedictina está en el hecho de que *“la comunión fraterna vivida con todas sus exigencias, a las que están convocados los consagrados, es el signo del amor transformador que el Espíritu pone en sus corazones, más fuerte que los lazos de la carne y de la sangre”*²⁶.

En este mismo sentido se podría anotar cómo la temática de “comunión y participación”, que sintetiza el espíritu de todo el mensaje de Puebla, está muy presente en la organización y en la mentalidad del autor de la Regla benedictina. Al abad se le exige que consulte a todos los hermanos, *“porque muchas veces el Señor revela al más joven lo que es mejor”* (RB 3,3). La comunidad elegirá a su abad (RB 64) y decidirá si el candidato a la vida monástica puede ser admitido (RB 58). Sin embargo, esta participación y corresponsabilidad debe ser ordenada y prudente. Por eso, *“sigan todos la Regla como maestra en todo y nadie se desvíe de ella temerariamente”* (RB 3,7).

De esta manera el crecimiento espiritual del monje se realiza en y a través de una comunidad fraterna, que es escuela de oración, taller de purificación, escuela de amor fraterno, sostén de los débiles y signo de la presencia salvadora de Dios para los que integran la misma comunidad y para los que la miran de fuera. El modelo de la primera comunidad cristiana de Jerusalén, que sirvió de ideal para los padres del cenobitismo, sigue animando la vida de seguimiento fiel de Cristo a lo largo de todas las generaciones cristianas.

4. El trabajo monástico

“La ociosidad es enemiga del alma”, recuerda san Benito cuando comienza a hablar del trabajo de los monjes (RB 48,1). *“Si las circunstancias del lugar o la pobreza exigen que ellos mismos tengan que trabajar en la cosecha, que no se disgusten, porque precisamente así son verdaderos monjes, cuando viven del trabajo de sus propias manos, como nuestros padres y los apóstoles”* (RB 48, 7s).

²⁴ G. COLOMBÁS, *op. cit.*, p. 473.

²⁵ Puebla, 730.

²⁶ Puebla, 752.

Estas dos sentencias de san Benito muestran el sentido que el autor de la Regla daba al trabajo cotidiano del monje. Valor ascético y práctico. Lo importante no es la productividad o la realización de tal o cual trabajo o la dedicación a una determinada ocupación. El trabajo tiene que estar en función de la vida espiritual del monje y tiene que ser un medio concreto de ganarse la vida, aún con sacrificio y dolor. De esta manera el trabajo es un momento de la vida del monje, que siempre tiene como meta “la caridad perfecta” (RB 7,67), y es, al mismo tiempo, un medio para llegar a la transformación del corazón en el seguimiento de Cristo. Por eso cada uno hará el trabajo que se le ordene y “*a los hermanos enfermos o delicados se les encomendará una clase de trabajo mediante el cual ni estén ociosos ni el esfuerzo los agote y los haga desistir*” (RB 48,24).

El trabajo ha sido en la historia y en la tradición monástico-benedictina uno de los valores más característicos. Es verdad que la “teología del trabajo” ha mostrado nuevas dimensiones del mismo, que no se encuentran de una manera explícita en la presentación que la Regla hace del trabajo del monje. Así, la enseñanza del Vaticano II sobre “la actividad humana en el mundo” (GS 33-39) debe ser tenida en cuenta para una relectura de la Regla y para descubrir el valor y la actualidad de este elemento de la vida y del testimonio monástico.

El trabajo, como medio concreto de vivir la pobreza, como colaboración a la obra creadora de Dios, como manera de compartir las angustias y las alegrías de los hermanos y como camino de perfección personal es un valor muy actual, que el carisma benedictino puede y debe hacer presente en el mundo contemporáneo. Para ello es necesario relativizar algunos aspectos que pueden aparecer en la manera y en las motivaciones, que a veces se tienen, en la dedicación al trabajo. Éste no debería ser un medio de “acumular riquezas materiales”, ni un medio de dominar y esclavizar a los demás. Tampoco debería ser tan absorbente, que se convierta en un camino de alienación y despersonalización, ni un simple pasatiempo, sino algo serio y responsable, que ocupe y desarrolle todas las cualidades y capacidades del hombre.

De esta forma, el trabajo “*así como procede del hombre, así también se ordena al hombre. Pues éste, con su acción, no sólo transforma las cosas y la sociedad, sino que se perfecciona a sí mismo. Aprende mucho, cultiva sus facultades, se supera y se trasciende. Tal superación, rectamente entendida, es más importante que las riquezas exteriores que puedan acumularse*”²⁷.

Por eso, el trabajo, como valor de la vida monástica, así como toda actividad humana, “*permite al hombre, como individuo y como miembro de la sociedad, cultivar y realizar íntegramente su plena vocación*”²⁸.

Con estas consideraciones podemos llegar a una revalorización del trabajo monástico, mientras constatamos que se trata de uno de los valores, que pueden tener más incidencia en el testimonio monástico para la sociedad actual.

Conclusión

La situación histórica y el ambiente cultural, en los que vivió san Benito, han sido ciertamente muy distintos de los que caracterizan al mundo contemporáneo y, en especial, a América Latina. Sin embargo, existen valores permanentes, que son válidos para todas las épocas y para cualquier situación. Sólo es necesario distinguirlos de costumbres y condicionamientos, que, como propios de una época, deben dejarse.

Los valores benedictinos relacionados con la dimensión contemplativa y orante, con la formación interior del hombre, con la vivencia comunitaria y fraterna y con el trabajo muestran su vigencia actual

²⁷ *Gaudium et Spes*, 35.

²⁸ *Ib.*

tanto cuando los analizamos en su sentido y en su contenido propios, como cuando nos fijamos en la situación en que nos toca vivir hoy.

La discreción, “madre de virtudes” (RB 64,19), y el equilibrio humano de san Benito explican en gran parte la permanencia a lo largo de los siglos y en distintas situaciones culturales de los valores, que están en la base del ideal de vida propuesto en la Regla de los monjes. Pero, sobre todo, la vigencia y la actualidad de los valores benedictinos se fundamenta en el hecho de que para san Benito la fuente primera y más importante de inspiración es la Palabra de Dios, tal como está consignada en la Sagrada Escritura, y en especial, en el Evangelio. Y el Evangelio siempre es actual...

Por eso, *“llevando como guía el Evangelio, sigamos por los caminos del Señor, para que merezcamos ver a Aquel que nos llamó a su Reino”* (Pról. 21).

*Abadía del Niño Dios
Victoria - Argentina*